

Comunicación de la redacción



De actualidad

IRUINA!

De nuestra romería por los monumentos funerarios — sonlo casi todos—de la abuela España se nos han quedado más presos que otros al cauce de la memoria, dos: la tumba del fenicio en Cádiz y las ruinas de un cementerio—dormidero para siempre—en el ruinoso castillo de Arévalo, encima de la confluencia de dos ríos de la tierra castellana. Ruinas castillo, cementerio, tierra, ríos y todo. Tan solo el sol, un sol de justicia conservadora, renace cada mañana a las alba, arrojándose, como amapola inmensa, por sobre el páramo. Y, como la amapola, deja en él fruto de modorra.

Si al Cristo al nacer le acostó su madre en un pesebre "porque no había lugar para ellos en el mesón", le acostó en el comedero de un borrico, amigo del pobre y amigo del Redentor, que caballero en él metió en Jerusalén su gloria, a nosotros, pobres cristianos españoles, se nos acuesta el espíritu, a brizarnoslo, en nichos de sepultura no bien mondados de gusanera y de carroña, de la que hay en ellos tantos jemes de mugre que ni con legra se arranca la cochapa y allí acostados nos hacen tomar no el sol de la Historia sino la luna—y luna siempre nueva!—de la Leyenda.

Y para sustituir a esos nichos sepulcrales de que hasta los huesos emigraron, se nos tallan, de prisa y a la carrera, pesebreras improvisadas que son ruinas desde su mismo principio. Pues como los muertos tienen prisa en enterrar a sus muertos, duran —que no viven—en perenne interinidad. Son ruinas de nacimiento, abortos, improvisaciones interinas en que hay que cobijarse para largo, mientras abate el vendaval; son andamias de madera carcomida que hacen

de ruinas? Nosotros, como aquellos atenienses a quienes reprochaba Cleón, que estaban vueltos "espectadores de discursos y oyentes de hechos". Cada día a comentar la co-

rrida parlamentaria u otra más hue-ra y menos digna aún, y a oír el relato del último crimen. Ello mientras la modorra nos estruja los sesos. ¿Opinión? A lo sumo opinión de público, no de pueblo; opinión que se traduce en aplaudir o silbar y cuando más en pedir que se les devuelva el dinero de la entrada. Y eso que los más entraron de gorra puesta o, ¿quién sabe?, como claque.

A Don Quijote "del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro" y cuando una vez creyó que se le ablandaban los sesos o se le derretían los sesos, era que le corrían por el rostro y barbas los requesones que Eancho metió en la calada. Así nos corren a nosotros. Y no son requesones de que se haya de hacer aquel queso de que el fragmento de Ademan nos habla; queso de leche de leona. La del león de España no da ya leche, pues que no cría. Acabáronse sus cachorros.

Y ahora traen los infantes leones a España de donde no los hay originarios, de América. Porque un puma es a un león lo que un infante a un rey. Aunque para una casa de fieras a orillas del Manzanares y para distraer a los niños...

Ruinas de ríos y todo, ¡sí!, ruinas de tradición. Los ríos de ésta no corren, pues que en el agosto de la conservaduría rómpense en cahozos y en estos anida la fiebre. ¡Ruinas de ríos! ¡Ruinas de tradición! Esta no es ya una corriente viva, que viene de manadero de la cumbre y va a la mar siempre joven; es una sarta—y sarta sin cuerda — de charcos de aguas muertas donde a lo más florecen las ovas y medran los renacuajos. El alma de la abuela España es un paular. Y menos mal si se coje aún en él alguna tenca o alguna anguila. O siquiera un cangrejo.

Para los que estamos bajando la cuesta de la vida, traspasado el puerto serrano que separa la solana de la umbría y las une, hacia las praderas de gamonas, a la luz poniente se

nos aclaran los ojos, purgados ya por la salina de lágrimas furtivas y vemos lo que antaño no quisimos ver. Y se nos sube a la boca el amargor de los enmohecidos bodigos de misa de difuntos con que se nos ha estado apacentando.

Cantaba Píndaro que al eco de sus himnos el águila de Júpiter perchada en el divino cetro se dormía; una bruma oscura le envolvía la cabeza corva y un dulce cierre los párpados

y dormitando alzaba el flexible dorso, presa de las sacudidas del canto. Nuestro gavilán—que ni aguillucho siquiera — no se dueñe al eco de cantata alguna; es un ave de cetrería que tiene que saciar el hambre de injusticia del cazador su amo.

¡Ay desierto cementerio del castillo de Arévalo por encima de la confluencia de dos ruinosos ríos de la tierra castellana, no eres espejo de la abuela España! Hasta las tumbas están ya aquí vacías; nuestros muertos se murieron del todo. Y porque se nos murieron los muertos no viven en nosotros los que han de nacer. El porvenir es ruina.

Y la ruina anda cerca de la ruina. No habléis de renacimiento, sino de remuerte; de algo más pavoroso aún que la anonadación.

La jornada—no vida—por esta tierra de nuestros muertos nos es un destierro y sólo al salir de él encontraremos la patria. Rodrigo Díaz de Vivar, el "salido", se salió de su patria y luego Joaquín Costa, otro Cid, quiso cerrar con siete llaves su sepulcro. ¿Sabéis para qué? Para que no tuviese que volver a salirse, para que no emigrase de su tumba. Y la prueba de que esta era la verdadera intención de Costa, está en que gustaba repetir aquel verso del viejo Cantar, que dice: "¡Oh que buen vasallo si oviese buen señor!" Mas no haya cuidado, puede dejarse abierto el sepulcro del Cid que está vacío y hace tiempo que el sol de la justicia conservadora ha calcinado sus huesos. Junto a ese sepulcro hay que dar un grito: "¡Viva Alfonso VII!"

MIGUEL DE UNAMUNO